

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO

DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS Y NOTICIAS.

AGRICULTURA.

Mire el que siembra y barbecha
que está ya bien demostrado,
que juntos libro y arado
multiplican la cosecha.

(HARTZENBUSCH.)

Aquí tenéis un débil obrero que quiere también allegar su piedra para levantar hasta la inmensa altura que ostentan las maravillas de este siglo el antiguo derruido templo de Ceres.

Catecúmeno en el seno de la grey agrícola, haré la debida protestacion de fé, cual cumple á mi creencia profunda y sincera. Iniciado en la vida pública lo bastante para conocer las miserias é iniquidades que constituyen el dogma de la mayoría de las granadas gentes oficiales, y satisfecho por ahora de los decantados gozes de la vida cortesana, como que pide mi alma para el día de mañana otras delicias que las delicias de ayer. Creo, pues, y espero en las excelencias físicas y morales de nuestra madre la agricultura, por cuanto su culto fortalece el cuerpo y purifica el espíritu.

Fuente primordial, perenne é inagotable de todo bien, dá alimento á todos los seres; suministra materias á todas las industrias; brinda con los mas variados regalos aun á los mas esquisitos gustos; sirve de base á los Estados; es el sostén de los gobiernos; áncora de los pueblos; esplendente corona, en fin, de la naturaleza.

La historia de la agricultura es la historia de la humanidad. Comienza por el primer golpe de la primer informe herramienta, y continuando hasta hoy, en que el último capítulo está consagrado á las máquinas, sus páginas todas revelan la ley general del progreso, con las varias vicisitudes á cuyo través se ha desenvuelto.

A la agricultura empirica de los tiempos primitivos sucedió la sistemática de los tiempos dogmatizadores, para venir á parar á la racional ó positiva, que tiene por guia la ciencia ilustrada.

Los primeros pueblos eran esencial y necesariamente agricultores; sin verdadera organizacion social, sin medios colectivos, cada individuo trabajaba para sí y todos para todos. Los primeros agricultores prácticos de que se conservan noticias históricas, fueron los israelitas, los explotadores de la tierra prometida de Canaan; y se dedicaron al

cultivo con tal ardor, «que no solo los hombres del pueblo, sino también los príncipes y los magnates beneficiaban con sus propios brazos las dilatadas campiñas que constituían su propiedad y formaban su riqueza.»

Pero á medida que crecen los pueblos, se modifican también, se crean las clases y castas, y el cultivo de la tierra se va relegando al cuidado de las plebes ó menudas gentes. Los príncipes coronan á la agricultura, los sacerdotes la glorifican, los sábios la celebran, todos la utilizan, los menos la fomentan.

Y viniendo al suelo ibérico, apenas se ve sembrado, desde la época de los romanos hasta la de los árabes, mas que por restos de las rotas armas de guerra. Dueños los árabes de las mas ricas comarcas de la Peninsula, de E. á O., crean la verdadera agricultura con el arado y la pluma; y era tanta y tan marcada la diferencia que, por lo que respecta á conocimientos agrícolas, había entre el comun de nuestros labradores y el de los que en la quebrantada Alpujarra y las ricas vegas que bañan el Darro y el Genil se ocupaban de cultivo, que el interés de aprovecharse de los adelantos hechos por estos (los árabes) bastaría para justificar á los ojos de la política el permiso que al moro sometido se dió de permanecer en nuestro suelo.»

Mas hasta esa patente egoísta que nuestros progenitores otorgaron por de pronto á los vencidos árabes despues de la reconquista, en premio á su laboriosidad y á su génio, vino á rasgarla luego con funesta mano el ciego fanatismo.

Escitado constantemente el espíritu guerrero de este pueblo meridional por eternas luchas interiores y exteriores; seducido con el aliciente de conquistas y aventuras en el viejo y nuevo mundo, y apartado por lo tanto de las silenciosas faenas del campo, la agricultura española volvió á languidecer, recibiendo hasta cierto punto del clero, como se ha apuntado antes, el último golpe. La Iglesia, entregando á manos muertas la mayor parte de las tierras laborables, y espulsando con anatema de sangre y fuego, en nombre de la incolumidad de la fé católica, á los mayores del cultivo, redujo la agricultura, viuda y despojada, á una esterilidad forzosa.

Los nobles, abandonando también los campos, privaron á la tierra del concurso de sus poderosos elementos, acabando de entregarla por completo á débiles brazos mercenarios, sin medios, ni voluntad, ni estímulo para consagrar-

se á ella con el vivo interés que requiere el buen cultivo. Abundaba España, por entonces, en hidalgos, clérigos, soldados y aventureros; pero estaba huérfana de trabajadores.

La agricultura, pues, impregnada, como todos los demás elementos sociales, del deletéreo virus del despotismo, era uno de tantos puntos sombríos cuyo conjunto representaba el fúnebre cuadro de la Europa teocrático-monárquica de los últimos siglos.

Por eso hasta la agricultura no ha vuelto á emprender su marcha de progreso, sino á través del camino abierto por la piqueta-revolucionaria: en Inglaterra primero, en Francia después, y por último en el resto de Europa.

Interesada España, aunque penosamente, en el movimiento precursor de las ideas, nuestra agricultura tuvo también sus *enciclopedistas* en los Jovellanos, Arias y Guerras, continuadores ilustres de los Colomela y Herrera, cuya ciencia siguen cultivando hoy con gloria propia y en provecho del país otros hombres (1) que, como aquellos, harán su fama eterna.

Restituida la tierra á su principal condición de propiedad íntegra, á consecuencia de la revolución política, próximos á entrar sus frutos en la libre circulación de todos los pueblos, á consecuencia de las conquistas de la revolución económica, y guiada la agricultura por la luz misteriosa de las modernas ciencias físico-naturales, no es aventurado augurarle una verdadera Edad de Oro para un tiempo no lejano. Al advenimiento de esa época contribuyen hoy las academias y asociaciones científicas; abriendo certámenes y discutiendo temas que interesan mas ó menos directamente al desarrollo de la agricultura; contribuyen también los Gobiernos, aun cuando no en la escala que ambicionamos, y contribuyen también, mas que todo, la opinión pública ilustrada. A impulsos de ella se han establecido esos portentosos bazares periódicos, donde se confunden los productos de todos los climas y se dan cita todos los pueblos de la tierra, y se abren nuevas y variadas vías de comunicación para satisfacer á la necesidad de general movimiento.

Demasiado robusta ya nuestra agricultura, ha roto los andadores de la infancia, y se hace precisa, por lo tanto, seguir ayudándola en su adolescente desarrollo, para que en vez de quedarse á retaguardia pueda seguir, con confianza, la marcha de progreso marcada por las principales naciones de Europa, y aun de América. Los medios son bien conocidos, y no habiéndome propuesto analizarlos al presente, voy á concluir con breves consideraciones acerca de uno que tiene hoy preocupada la atención de los agricultores, y aun la de los simples curiosos: la maquinaria.

La agricultura, como industria, tiene por base la tierra,

(1) Recórdamos en este momento á los señores Chiarone y Bonet, modernos regeneradores, por sus Tratados especiales del Cultivo de la *vita* y de la Elaboración de los *vinos*. Sabemos que se está imprimiendo una obra sobre *abonos*, del acreditado profesor señor Tornos, y que el conienzudo y distinguido escritor señor Cayeda dá la última mano á otra fundamental, sobre agricultura en general.

como medio, el trabajo; y como objeto final, la producción: por consiguiente todo lo que contribuya á mejorar el laboreo de la tierra, á perfeccionar el trabajo y á aumentar la producción, debe asociarse á la industria agrícola. Y en este caso precisamente se hallan las máquinas, puesto que satisfacen á todas las condiciones de una buena agricultura, con ventaja inmediata para los productores, con provecho inmediato de los consumidores y para bien de la sociedad en general.

Dejando á un lado los arados, gradas, rastras, estirpadores, corta-raíces, sembraderas y demás objetos con que aparece enriquecido el museo agrícola moderno, vamos á fijarnos en la *segadora*, lo uno por la índole especial de esta máquina, y lo otro por ser la que ocupa la atención en la actualidad.

La sucesión constante de las operaciones agrícolas, los imprime una irremisible perentoriedad; pero la de la siega, que representa el interés de todas, es por demás angustioso. Las otras labores preparativas pueden aplazarse por mas ó menos tiempo, y algunas hasta suprimirse, sin riesgo de comprometer una cosecha; pero la de la siega, hay que hacerla necesariamente, y en dias muy contados. Así se explica bien cómo ella preocupa á los labradores, sobre todo desde que el movimiento extraordinario de obras públicas ha distraído de la agricultura los brazos que hace pocos años aun le sobaban, y por eso se han fijado en las máquinas de segar cereales. El embrión de este útil agrícola concibióse hace años en los Estados Unidos de América, si no estamos equivocados, y trasportado luego á Inglaterra y Francia, se ha desarrollado al calor de los poderosos talleres europeos; pero sin que todavía pueda decirse que haya obtenido verdadera carta de naturaleza en las regiones mas productoras del viejo mundo.

Con referencia al resultado del concurso agrícola universal celebrado en París en junio de 1862, decía el comisario ó delegado español en él, á nuestro propósito, lo siguiente:

«Varias han sido las máquinas presentadas para segar prados y cereales; pero sus ensayos han distado mucho de dar resultados útiles, particularmente para nuestro país.»

Notables han sido los adelantos que desde entonces acá han hecho los constructores; pero aun así y todo, las segadoras no pueden aplicarse todavía con regularidad á nuestros campos, dadas las condiciones especiales de la naturaleza y del cultivo. Hby las hay, si no estamos mal informados, en las provincias de Madrid, Toledo, Ciudad-Real, Sevilla, Albacete, Castellón, Guadalajara, Navarra y quizá en alguna otra, siendo las noticias que se tienen de todos esos puntos, mas ó menos favorables en general á las segadoras, algunas de ellas estremadamente entusiastas. Nosotros las hemos visto en la posesion de *Belvis* del señor don Antonio Collantes; en la de *Caño-gordo*, del señor marqués de Perales; en la del señor Soler, de la vega del Tajo, en Toledo, y tenemos además noticias particulares de las que funcionan en la labor de nuestro paisano don Baldomero Moreno, situada en término de *Socuellamos*. La prueba que mas completamente nos satisizo, sin

duda por la inteligencia con que se había montado la máquina y era dirigida, fué efectuada en la vega del Tajo el día 10 de junio, víspera del ensayo oficial que tan desgraciadamente tuvo lugar ante las autoridades de Toledo y de una numerosísima concurrencia. Los agricultores ilustrados de esa capital, secundados por funcionarios celosos y competentes, han conseguido después, en fuerza de fé y perseverancia, rehabilitar la segadora y disponer al público desconfiado en su favor.

Segun datos que conocemos, ha segado á razon de dos fanegas de tierra de 300 estadales, de 11 pies cada uno de estos, por hora, con tal perfeccion y limpieza, que al ver sus efectos unos ganaderos que tenían contratada la rasrojera amenazaron á los labradores con rescindir la obligacion si la máquina había de hacerla toda, porque no quedaba espiga alguna que aprovechar: el coste de cada fanega se ha graduado á razon de cinco reales y medio.

En noticias de Guadalajara hemos leído que algunos labradores entendidos calculan que la máquina, bien manejada y arrastrada por animales de gran fuerza, puede segar al día de 60 á 70 fanegas de tierra bien preparada.

Nos lisonjean esos cálculos, mas por la confianza que inspiran, que por la realidad que aseguran al presente.

Por nuestra parte creemos que el aparato de los señores Burgess and Key acabará por efectuar una revolucion bienhechora en la agricultura española; pero no precisamente en las condiciones con que hoy la conocemos. El gran volumen de la máquina segadora, su enorme peso, las dificultades del arrastre por medio de una traccion oblicua y hasta la clase de materiales empleados en su construccion son otros tantos inconvenientes con que habrá de lucharse al aplicarla con fundadas esperanzas de buen éxito. Abrigamos la conviccion íntima de que esos inconvenientes se remediarán por resultado de una experiencia ilustrada; y cuando esto se haya conseguido, y se rebaje su hoy excesivo coste hasta el alcance de las facultades ordinarias de la gran masa de los labradores, la veremos, de seguro, propagada por todas las provincias en donde tiene mediana importancia siquiera el cultivo de cereales.

Pero para llegar á este resultado es preciso que el Gobierno, utilizando todos los medios y elementos que la centralizacion pone en sus manos, haga estudiar esa máquina en las provincias donde hoy existe, á los funcionarios que tiene á sus órdenes, y con sus observaciones y las que habrán recojido recientemente en Londres los comisionados especiales, es posible que pueda emprenderse la reforma de la segadora con provechosa aplicacion á nuestros campos y hábitos agrícolas. Los terrenos requerirán en todo caso una preparacion especial, además de la necesidad de que sean planos, para que la máquina funcione con regularidad; y requiérese tambien un personal facultativo que inspeccione los ensayos de aplicacion, hasta tanto que el tiempo venza las naturales contrariedades que se oponen á toda novedad.

No obstante todo, el proceder de la Junta de agricultura de Toledo y el de la diputacion de Guadalajara convenia que fuese seguido por las demás provincias, como el

único que conduce, al cabo, á resultados prácticos inmediatos. Y mayor laure merecen todavia particulares que se lanzan por sí á esos costosísimos ensayos, tanto como por interés propio, para bien de la agricultura en general. Entrá estos es acreedor á particular mencion el señor Collantes, quien está elevando un templo al progreso agrícola en su hacienda de Batvis (1), situada sobre el Jarama, á cuatro leguas de esta corte. En ella encuentra todo observador curioso é interesado la más franca, benévola y generosa acogida; porque el señor Collantes, más que logrero agricultor, es un propagandista de pensamientos los más levantados. —(De *La Iberia*).

J. TORRES MENA.

Julio, 25.

SECCION CIENTIFICA.

ESTUDIOS MORALES Y POLITICOS.

DEL ERROR Y DE LA VERDAD.

Toda verdad viene del alma.
(Ayme Martin.—Educ. de las madres.)

Vamos á penetrar en el vasto campo de nuestras distinciones morales y filosóficas: quisiera desterrar de mis escritos ese tecnicismo bárbaro que hemos introducido en la psicología, á fin de hacer menos áridos estos trabajos, poniéndolos al alcance de todos los lectores.

Parece áspera la materia á simple vista; pero su importancia es tal, que interesa en alto grado á las familias: no hay individuo alguno del cuerpo social á quien no toque de cerca; no hay sociedad ni Estado en el mundo de la civilizacion á quien no alcance esta doctrina, esta ciencia soberana cuyo conocimiento depende del alma.

En la plenitud del progreso, en esta era grandiosa y fecunda donde la soberanía de la razon ha conquistado los mas grandes privilegios, tenemos que lamentar una porcion de antítesis humanas, de depravaciones científicas, de aberraciones doctrinarias, de absurdos sistemáticos, que es preciso dar á conocer á las familias para que se libren del naufragio.

Nuestras escisiones físicas y políticas, nuestras divisiones sociales, nuestras escuelas, nuestras sectas, nuestros partidos, han venido insensiblemente realizando una especie de fratricidio en la familia humana: tan pronto como el hombre pisa por primera vez en la escena del teatro de la vida pública se ve acosado por innumerables falanjes de predicantes que le piden el sacrificio de sus creencias, que le ofrece el *critérium* de la verdad, tal y como ellos le han concebido siquiera sea una estravagancia ridícula.

Necesario es un gran fino para hacer recta eleccion de doctrinas: no todas las verdades que se nos presentan como

(1) Hoy mismo está siendo objeto de asombro general en aquella antes silenciosa campiña, una locomóvil de vapor que dá impulso á una máquina trilladora.

tales son verdades; ni todos los absurdos que se condenan al sarcasmo son absurdos: para descifrar bien este logogrifo se necesita una gran perspicuidad.

Hay verdades que están fuera del dominio de la inteligencia porque no proceden de ella: no hay razón de la inteligencia que no sea susceptible de ser destruida, por un silogismo: solo el alma es la que tiene verdades infalibles.

Pedid á la inteligencia que ratiocine sobre la inteligencia del alma, sobre su inmortalidad, sobre la existencia de Dios: con un mismo argumento hará triunfar el pró y el contra.

Solo es irrefutable la verdad que columbra el alma: por lo mismo no hay verdades mas útiles; y es que toda verdad, que la verdad absoluta viene del alma.

¿Qué ventaja sacamos de esa babelonia de escuelas que nos asedia con su rugiente clamoreo?

No podemos rechazar la esfera inteligente que ha producido á los Buffon, á los Arago y á los Humbert: rechazamos si la ciencia fermentada que brota de las frentes de Lutero y Robespierre, la ciencia bárbara de los Proudhon y Pierre Leroux.

La necesidad de indagar la verdad tiene origen en la excelencia del alma: la mentira nos lastima los sentidos y el corazón: el hombre es ávido de encontrar la verdad, donde quiera que se esconda: desde lo ideal hasta lo material, desde las formas corpóreas hasta lo que abraza la metafísica nada es perfecto si carece de verdad.

¿Y qué es la verdad? En su lata acepción es el bien, la belleza, la perfectibilidad en su apoteosis: en su significación lógica la síntesis de la razón, el resorte fecundo de la virtud y de la felicidad.

El hombre que vive para la verdad hace un gran caudal de virtudes, porque estas no son mas que secuelas de la verdad.

El Oriente, la China, en una palabra, cuatro partes del mundo son víctimas del crimen y del error, porque no tienen alma, porque no se les ha revelado aun la verdad con sus celestiales armonías.

Per esto la verdad es el progreso, y el error el retroceso.

Allí donde la verdad centellea con sus resplandores de gloria, allí existe la moral, la dicha, la prosperidad: allí donde el error se asienta con sus eternas sombras, allí existen la miseria, la abnegación, el envilecimiento.

El afán de indagar la verdad es innato en el hombre: el desvelarse por buscar la honra, el poseerla, le ennoblece.

Solo en la verdad están nuestros progresos, nuestra mejor política, nuestra redención social, nuestra civilización. Analicémos las grandes trasgresiones de los pueblos, y se hallará su origen en que han sido víctimas de la mentira que tiende á formar una humanidad bárbara.

Esforcémonos en llevar triunfante la verdad por todas partes y elevaremos al hombre.

Esta ciencia pertenece á las madres que enseñan en el hogar; á los legisladores que velan por el bienestar de los

pueblos, á todos los hombres, en fin, que pretendan ser dichosos.

Ciencia que se ejerce por la inteligencia y por el alma, que se aprende por el estudio de las armonías de la naturaleza, á todos toca de cerca, no hay un ser que no la necesite si aspira á elevarse sobre la masa de los seres vulgares, si aspira á restablecerse en la augusta gerarquía de su destino.

La verdad no pertenece á nuestras pasiones, á nuestras luchas encarnizadas, á nuestro fatalismo político y filosófico: está mas alta: si por ella hemos de ennoblecernos preciso es alentar sus divinas reacciones contra la barbarie, preciso es enseñar al hombre lo que conviene al hombre, y no lo que le deprava ó pervierte.

Dejemos la loca ilusión de exhumar la verdad de nuestras miserias sistemáticas, de nuestras extravagancias políticas, de nuestra impiedad, de nuestra indiferencia: la verdad no es nueva; existe desde el principio del mundo; pero no envejece: se nos trasmite íntegra de generación en generación, elevándose sobre las civilizaciones fenecidas sobre el osario de la humanidad. Es el sol del alma que á semejanza del que gravita sobre el espacio preside la armonía de los mundos desde que la mano del Hacedor encendió sus destellos.

El drama sangriento de la historia no reconoce otra causa que la inmolación de la verdad en aras del absurdo y la mentira. Si Nerón y Domiciano hubieran columbrado las hermosuras de la verdad, lejos de ser unos monstruos hubieran sido unos padres carinosos de los pueblos; llevad la verdad á los turcos, y Constantinopla demolerá sus harenes; llevadla á los chinos y demolerán sus murallas; llevadla á la India y el Ganges no arrastrará una sola hecatombe.

Esta tradición soberana que salvando arroyos de sangre ha llegado hasta nosotros, es la gran síntesis de los trabajos colectivos de la humanidad y la esencia sublime de la revelación; apresurémonos á recibirla con palmas como á la bienvenida, como á la aurora de una redención humana, porque ella nos levantará del cieno de nuestras miserias, ella será la madre fecunda de la civilización universal.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

Madrid 16 de agosto de 1862.

CABERNA.

I.

La voz de la orgía.

La noche va cerrando,
y lámparas de plata
á intervalos retrata
el firmamento azul:
Velada está la luna,
y sombras misteriosas
avanzan vaporosas
mintiendo opaco tal.

Bebamos ya, señores!
 bebamos sin medida;
 la orgía nos convida
 con báquico fervor:

Abrid al goce el alma,
 y el vino y los manjares
 ahuyenten los pesares
 de nuestro derredor!...

II.

La voz de la mendicidad.

Si á vuestra puerta,
 con voz incierta,
 puede un mendigo
 decir su afán,

Sed hoy humanos,
 buenos hermanos,
 y dadle un poco
 de negro pan!...

III.

La voz de la orgía.

Dejad á esos hambrientos
 mortales andrajosos,
 que piden codiciosos
 limosna por doquier;

Y oyendo de la orgía
 la voz efervescente,
 gocemos el presente
 con lúbrico placer!

La vida está en el néctar
 que encierran las botellas
 vertido por las bellas
 con sin igual candor;

Y al choque de las copas,
 leer en sus miradas
 mil frases regaladas
 de inestinguible amor...!

IV.

La voz de la mendicidad.

Si vuestro oído
 del desvalido
 la aciaga suerte
 no euterneció,

No quiera el cielo
 sufráis el duelo
 que el infortunio
 me deparó.

V.

La voz de la orgía.

Bebamos licenciosos,
 que solo al potentado
 el conseguir es dado
 la dicha mundanal.

Bebamos y olvidemos
 nuestra pasada historia:
 el goce está en la gloria
 de eternal bacanal.

¡Que vivan los placeres,
 el vino y las hermosas,
 que cual fragantes rosas
 aroman el festín,

Y el alma deleitando
 torrentes de armonía,

gocemos de la orgía
 con júbilo sin fin!...

VI.

La voz de la razón.

¡Tenéos, insensatos,
 que oís empedernidos
 los ayes doloridos
 del pobre en su aflicción!

Tenéos! y escuchádomos
 por el temor deshechos,
 ablande vuestros pechos

LA VOZ DE LA RAZÓN.

«Los seres que disfrutaban
 de fausto y opulencia
 y nunca la indigencia
 se dignan socorrer,

Hallar pueden un día
 los cielos irritados,
 y pobres y olvidados
 también se pueden ver.

Y entonces irán solícitos
 en pús de abrigo cierto,
 y encontrarán desierto
 del mundo el gran jardín:

Hallando á donde vuelvan
 los escaldados ojos
 dolor, luto y abrojos
 y lágrimas sin fin.

Que todos en la tierra
 se deben mutuamente
 con celo vivo, ardiente,
 las penas consolar;

Por ser la vida humana
 modesta flor que el viento
 con ímpetu violento
 ceniza ha de tornar.

Que en este triste valle,
 do la impiedad se asienta,
 parece cuanto alienta
 según divina ley:

Lo mismo el pordiosero
 que á impulso de su hado
 camina infortunado
 que el opulento rey.

No goza deferencias
 el rico enaltecido
 del pobre desvalido
 que corre en pús del bien:
 Que es todo lo que existe
 efímero en la tierra,
 escepto cuanto encierra
 el celestial Eden.

Así, de hoy más que inflama
 la CARIDAD vuestra alma,
 y al pobre deis la calma
 que busca en su aflicción,

Sin olvidar un día
 de la conciencia humana
 lo que os advierte, hermana,
 LA VOZ DE LA RAZÓN!

JOSÉ GARCÍA PASTOR.

EL CONDE FULBERTO AHAYA.

LEYENDA TRADICIONAL DEL SIGLO XVI.

(Continuación.)

—Oh! qué horror!... considerad...

—Todo, todo lo conozco... juré respetaros, se lo prometí á Carlos V... mas no puedo cumplir lo que es superior á las humanas fuerzas. ¿Y sabéis que tengo tentaciones de arrancarle la vida de su corazón... no para poseeros, señora... no... sino para solazarme sobre su cadáver: insultarlo con mis carcajadas y luego enrojecer su frente con mi propia sangre.

Carlos V, cuyo valor nadie puso jamás en duda, tenía sufrimiento para escuchar á Fulberto, sin abalanzarse frenético al salón.

Y era porque Fulberto pronunciaba las palabras que de continuo zumbaban en los oídos del rey, y este se resignaba á oírle como á su severo juez.

Además, su situación era en extremo comprometida.

—Y por una locura?... yo amo á ese hombre, que justamente detestais... le rindo el culto que quizá solo vos merecís... lo comprendo, y sin embargo, no me siento capaz de hacerle traición.

—Pues bien... yo no puedo sufrir este martirio... Es preciso morir... Estás condenado á arrostrar un Infierno de celos, de amor, de desesperación y de vergüenza!

—El hielo de vuestro desvío me hace mas daño que la argolla del verdugo.

Fulberto se retorció los brazos de furor; contrájose su boca por una sonrisa horrible; se acercó á Catalina con dolorosa sorpresa, y la dejó bramando de rabia, despues de hacer un esfuerzo supremo, como para arrojar sobre ella todo el fuego que devoraba su pecho.

—Señora... todo va á concluir. Y el acero de su daga brilló en el aire, Catalina le detuvo exclamando:

—Oh! deteneos un momento... Moriré con vos... os amaré en el cielo, libre de esta bruta materia que me lleva hácia el hombre siempre fatal para mí!... Heridme, y perdonadme el no haber podido amaros... yo no debo arrojar ceno sobre vuestro rival, y prefiero la muerte... Heridme y moriremos abrazándonos... os juro sellar con mi sangre otro amor mas grande que el que profeso á Carlos V.

Catalina miró al cielo estraviada, y presentó el pecho á Fulberto.

Fulberto dejó caer la daga de sus manos.

—Señora... me prometéis por tálamo una tumba... Carlos V encontraría en vuestras caricias una ícra sepultura... y en vez de vuestros amores, solo alguna mística pasionaria... Oh! nuestro hecho nupcial te desesperaría... pero no... sed feliz con él, si, sed muy feliz: que yo voy á esconderme en un panteón para no turbar vuestras glorias.

Catalina le miró admirada, diciéndole toda conmovida:

—Tened compasión de ambos... ¿sabéis que tengo deseos de amaros?

—No... no, vos solo debéis amar á la sombra de mi destino... ¿Por qué,—prosiguió—luego no avisais á vuestro amante, participándole mis pretensiones?... Así me haría un gran favor, mandándome un verdugo que me robara la vida... En lo alto del suplicio, diria que moria por amores, y quedaria satisfecho.

Catalina se dejó caer sobre el pecho de Fulberto, rendida ante tanta grandeza.

—Oh! no puedo más... y aun no puedo aseguraros que os amaré... ¿no veis que soy una miserable? ¿Por qué no me despreciáis?

—Señora, vuestro contacto no me embriaga, me fascina... acaba de enloquecerme... Oh! ¡cuán hermosa estais, para mi completa desesperación!

Carlos V, empujado por el huracán de los celos, rasgó el tapiz, y cayó en el salón, como un fantasma evocado.

—Miserable!... ¿te atreves á prodigar galanteos á la mujer?...

—Ah! exclamó Fulberto admirado, y como si creyera sueño cuanto veía. Es verdad! ¡estais aquí!... Ja, ja, ja... ¡y qué escena tan bella vá á tener lugar!

Carlos V le miró con aire de orgullo y desprecio, diciéndole:

—¿Te atreves á insultarme? ¡ira de Dios!

—Aquí somos dos hombres, dos rivales á muerte.

—¿Te atreverás á manchar la espada de tu abuelo, con la sangre del regicidio?

—Oh! está ya manchada por vos... ahí la teneis, y se la arrojó á sus piés hecha pedazos.

Y Carlos V, todo furioso, principió á recorrer la habitación, estraviado.

—Ahora me queda la daga del asesino... porque ni aun merecís que os rete.

Catalina que habia observado todo, muda y estupefacta, exclamó:

—Fulberto... respetadlo... yo os lo pido.

—Bien, no le mataré como á un cobarde, que se defiende si tiene valor ante mi ofensa.

—No, yo no puedo batirme con vos.

—Ah!... lo comprendo,—le dijo pálido de rabia ante aquel ultraje—vos no podéis batiros con el conde de Crémona; porque habeis manchado los puros blasones que heredó de sus abuelos... vos no podéis batiros, porque me habeis llenado de oprobio al proteger vuestros ilícitos amores: yo tampoco puedo asesinaros, porque me lo prohíbe Catalina... Está bien... El conde de Crémona, que hasta aquí os ha respetado como á su soberano, hoy quiere derrumbaros de vuestro trono, y os buscará en el ardor del combate, en medio de las filas de vuestros enemigos, para arrancaros el corazón.

—Miserable! te atreves...

Carlos I, le contestó, te entrego en pedazos la espada de los condes de Crémona... no volveré á usar mi nombre esclarecido hasta lavar la mancha caída sobre él... juzgad como la lavaré... os hablaré, ¡vive Dios! un dia en donde no podáis reusar mi reto, y sucumbireis bajo el peso de mi agravio.

—Si antes la justicia no te toma por su cuenta.

Fulberto ya nada oyó. Volvióse hácia el cuerpo inerte de Catalina, y le prodigó una mirada radiante de amor. Luego desapareció.

Cuando Catalina volvió en sí, dirigió sus ojos estraviados á su derredor... Carlos V la miraba con espresion fatal y severa.

—Ese hombre... Fulberto... ¿dónde está?

Carlos V sobrio de celos, le contestó iracundo:

—No lo sé... ¿parece que te interesa su suerte?... oh! no sabes qué horrosas ideas cruzan por mi mente!

—Puedes disponer de mi vida, le contestó Catalina con indiferencia.

—Ah! para amarlo mas pronto desde el cielo... te dejo la vida para tu castigo.

—Y yo á ti aquí solo, para tu condenación.

Al decir esto, le dirigió una mirada de desprecio; tocó luego un resorte, y desapareció.

Carlos V, loco y desesperado, en vano la buscó para seguirla.

Salió por fin, por donde había penetrado, sacudido por ideas furiosas de esterminio y de venganza.

Catalina volvió á la cámara de Fulberto, y le halló calzándose las armaduras del guerrero.

—Fulberto, le dijo; hombre generoso... anhelo de compensar en parte de cuanto habeis sufrido por mí... Jamás volveré á verme Carlos V... ni me acordaré de él, sino para despreciarlo... En cuanto á vos solo podré amaros allá arriba... Ahora espero me protejáis... pues me persigie un leon celoso.

—Gracias... gracias... Soy febo—contestó Fulberto lleno de júbilo.—Yo os defenderé.

A las pocas horas abandonaron el castillo.

Catalina quedaba segura de las pesquisas escrupulosas de Carlos V.

Fulberto había partido para formar parte en las filas de la Liga.

(Se continuará.)

Gaspario Esbranco.

LOS PINTORES ESPAÑOLES EN LA EXPOSICION DE LONDRES.

(Continuación) (1).

Francia, que tambien espone dibujos y acuarelas de gran mérito, es quizá la nacion que relativamente ha llevado mayor número de lienzos á las galerías de Londres. Aparte de las obras ya conocidas de artistas renombrados, algunas de las cuales pertenecen á la historia mas que al mundo actual, la exposicion francesa puede decirse que está reducida al género en todas sus manifestaciones; pero con especialidad al género de circunstancias, al que se recibe y aprecia en el mercado, á la moda que sejeta y alcanza la inspiracion de los artistas.—Mucho retrato de emperador y familia imperial, mucho retrato de mariscales, mucho retrato de banqueros, mucho episodio de las armas francesas, mucha tesis, alguna que otra escena del *demi monde*, y tal cual efecto de luz y conatos de resolucion de problemas pictóricos.

Esto no quiere decir que deje de ser muy notable la exposicion francesa, como que la consideramos la mas completa, la mas variada, la mas rica de todas; aquella cuya armonía general descide menos de la armonía propia de los museos. Lo que quiere decir es, que los numerosos y escalentes pintores, nuestros vecinos, se ven precisados á hacer el comercio del arte con preferencia al arte mismo, porque el arte que no se pliega á los caprichos de la moda, es arte de poca salida, y por consiguiente, misera para el autor.—Francia, cuya revolucion social y política, que data casi desde principios del siglo, ha visto renovarse casi radicalmente su aristocracia, y cuya revolucion mercantil, que data de pocos años, ha presenciado ruinas de fortunas amigas é improvisacion de fortunas nuevas; Francia, que por consiguiente se halla en ese periodo de cultivo fresco, que por lozano que sea no ha echado todavía las profundas raíces de una sociedad regenerada, ofrece para las bellas artes el espectáculo de un gran mercado abundante de dinero, pero en el

cual el comprador pone la ley del género, sin permitir al fabricante libertad absoluta de pensamiento, como se requiere para lustre y adelanto de la fabricacion.

Francia, pues, necesita satisfacer los gustos de sus nobles soldados, de esos soldados que, segun la expresion del gran guerrero, llevan todos en la mochila el baston de mariscal; necesita satisfacer los gustos de sus opulentos comerciantes, de esos comerciantes que, gracias á la teoria de Pitt, han convertido las fábricas de papel de tina en *Etobados* y *Potosies*, en *Californias* y *Australia*; necesita satisfacer los gustos de sus elegantes y afortunadas damas, de esas damas que de la mañana á la tarde heredan sin previa defuncion las fortunas de los lores ingleses y de los príncipes rusos; todo esto tienen que proveerlo los artistas de Francia antes de derramar el aceite en su paleta. Y como esos artistas, por otra parte, disfrutan en alto grado el privilegio, casi esclusivo en los franceses, de amoldar su accion al desojo y capricho del que la demanda; como además sienten, componen y ejecutan el género de una manera superior al género nuevo, la pintura francesa se ha maleado, con mas culpa de la Francia que de los pintores; y si en ello hay crimen, crimen es de la sociedad, que no del arte.

La exposicion francesa en su generalidad es bella; toca en ocasiones al sublime, porque lo hemos dicho ya, contiene obras de celebridades europeas no contaminadas con la tendencia novísima, y entre sus jóvenes pintores se destacan figuras importantes que van guiando al género por el legítimo cauce á que le llama la idea reformista del siglo.—Cuadros de género hay en la galeria francesa que hallan mas al alma y al entendimiento que á los sentidos; retratos hay que, haciendo la posible abstraccion de la cara, parece que persiguen el bello ideal de los retratistas antiguos; y sobre todo, el estudio del color va haciendo tan rápidos progresos que no dudamos ver añadir dentro de poco, á los muchos títulos legítimos de los pintores franceses, el dictado de coloristas que se les negaba generalmente hasta ahora.

Sus hermanos los belgas son en este punto los que mayores muestras dan quizá de la armonía pictórica. El salon-belga, verdadero retrato del pueblo que lo ocupa, es un salon armonioso y entonado, cuya variedad está en relacion con la que se advierte en todos los otros lugares donde los súbditos del bondadoso rey Leopoldo han expuesto los productos de su tierra, de su industria y de su fabricacion.—Porque nada tan bello, nada tan interesante como ese pequeño país, ese palmo de tierra enlevado en el rincón de Europa, sin agua para ser marino, sin montañas para ser terrestre, sin poblacion para ser fabril, sin historia propia para ser artista, sin vida propia para ser independiente; y que, sin embargo, en fuerza de constancia, actividad y genio, mirando aquí y tomando de allá, analizando, discutiendo, trabajando, y ora con la profundidad alemana, ora con la severidad inglesa, con el calor de italianos y españoles, ó con el *espiritualismo* francés, se hace marino y soldado y fabricante industrial y artista, y sobre todo belga, que es lo mas difícil para un pueblo á quien no le han dejado nunca que sea lo que sus naturales aspiraban á ser.

La nacion belga, cuyo papel en el certamen de Londres es importantísimo; cuyos productos de todos géneros se hombrea con los de Inglaterra, Francia y Alemania; cuya cantidad de premios compete con los de estas grandes naciones, y cuyo sello peculiar de belleza, pulcritud y elegancia la asemeja á una preciosa muchacha que con la modestia del talento, la sencillez de la harmonía propia y la conquista de quien sabe la extension de su fuerza se pasease tranquilamente por entre severos y temidos varones sin miedo de que ellos sienten á su pequenez, si no apalescan, pero cuando ya requiebro de su inocencia la nacion

(1) Véase nuestro número del 14 de Agosto.

belga, decíamos, está representada en las galerías de bellas artes á la manera que lo está en las de la industria y de las máquinas. No se distingue por un sistema especial de pintura, ni por un género privilegiado de cultivo, ni siquiera por su gran superioridad sobre otras naciones; sus 169 cuadros pertenecen á todos los gustos, están tratados con análoga inteligencia; y así como en manufactura no son los belgas ni maquinistas, ni fundidores, ni tejedores, ni bisuterías únicamente, sino que hacen máquinas, y funden y tallan, y tejen seda, cáñamo, algodón y lino, y labran la tierra y explotan las minas; siendo en algo los primeros, en mucho iguales, en poco inferiores á los otros países, — así en bellas artes, eclécticos en la forma y en el tóno pintan la historia sagrada, la profana, la poética, el género, el país, el retrato, el bodegón, ya con recuerdos florentinos, ya italianos, franceses ó españoles, pero siempre con un *saber hacer* (perdonensesen este y otros galicismos), con una manera tan agradable y entonada, que si tienen pocas obras por las cuales debieran sacrificarse grandes sumas, en cambio tienen muchas menos que merezcan desdeñarse ó pobre paga.

Y nos ha llamado esto tanto mas la atención, cuanto que Italia, que viene detrás, nos deja muy poco satisfechos en proporción á las grandes esperanzas que su solo nombre nos hacia concebir. Italia y Roma, es decir, toda la península por un lado y un poquito de península por el otro, con sus 580 obras la primera, con 217 la segunda, no constituyen, en nuestro humilde juicio, un museo capaz de ser codiciado por los amantes. ¿Qué le pasa á Italia que tanto dibuja, qué tanto pinta, y sin embargo, sus obras no dejan completamente satisfecho al observador? ¿Será que apegada al mundo antiguo é imbuída sin quererlo en ideas modernas, ni copia con exactitud los grandes modelos de antes, ni ha hallado todavía la fórmula de ahora? — Quizá. Pero consista en esta pobre razón que á nosotros se nos ocurre, sea otra mas elevada y científica, el hecho es que su dibujo nos parece recortado, su composición amanerada y tiesa, su color apocrefanado. Posible es que grandes artistas italianos no hayan venido á Londres; posible es que estén allí patentes, y nosotros, sin embargo, no los veamos, que barto tupido suale ser el velo que pone sobre los ojos la ignorancia; pero vayan allá las impresiones que ahora se nos ocurren en este rápido paseo, y tiempo vendrá, cuando analicemos al por menud las obras maestras de todas las naciones, en que este ligero juicio quede rectificado. Italia es la cuna de las artes, es, además el refugio eterno de las artes mismas, y toda lentitud sería para ella inútil, así como toda acritud debe serle completamente insignificante.

Acomémunos al Norte, á Holanda, Suecia, Dinamarca, Alemania, Austria, Noruega, Rusia; á Portugal, Suiza y Grecia por un lado; al Brasil y los Estados-Unidos por otro; digamos todavía algo de España... pero está es ya demasiada tarea para hoy, y bueno es medir por el cansancio nuestro el cansancio probable de nuestros lectores.

(Se continuará.)

José de Castro y Serrano.

CRÓNICA NACIONAL Y ESTRANJERA.

Comenzando nuestra revista por la coronada villa, siquier por otra cosa no sea que por lo que de *Madriñeño* tenemos, debemos en honor de la verdad decir que nada ocurre, esto es nada grande, nada estúpido, nada colosal, nada, en fin, que pueda excitar emociones fuertes en el ánimo de nuestros queri-

dos lectores: si, porque el calor, los incendios, los crímenes, la subida de las casas y otras mil pequeñeces de que hablar pudiéramos, háense convertido en pan cotidiano, y hácenos bostezar ya de puro repetidas.

En provincias parece no haber tampoco nada de que poder murmurar. La gente que viene, la que viaja y la que no en casa se queda. Se divierten los de génio alegre y se aburren los tristes, pero todos van viviendo. Mas vale así. Únicamente algunas como las de Andalucía parece que no están muy satisfechas de ciertos marítimos viajeros que han ido á veranear á sus puertos, pero como quiera que las autoridades locales han decidido que los tales señores varíen de domicilio, esperan muchos que la plaga desaparezca.

Pero esta tranquilidad y esta paz de que nosotros disfrutamos no estando sus beneficios por el exterior. Nuestro vecino emperador, por ejemplo, aunque algo mas satisfecho por el descalabro que ha hecho experimentar en el cerro del Borrego Lorencez á Ortega, diz que no le ha sabido á almendras la noticia de las innumerables guerrillas que en Méjico se levantan y que parece tienen sitiada á Veracruz. Bien es verdad, que en cambio el rey de Portugal piensa divertirse un rato. S. M. se casa con la hermosísima Pia de Saboya. Que Dios le ampare.

En Italia las cosas están mas formales. El amigo Garibaldi, que parece ser hombre que lo entiende, les ha dicho á los sicilianos que Napoleon les está engañando y que por consecuencia es necesario tomar á Roma. Los italianos han dicho que bueno y esto hace que, segun *La Correspondencia*, el pobre general Montebello esté andando la Ceca y la Meca sin saber á dónde acudir. El bueno de Vittorio ha dicho que nada se mueva y que de lo contrario lo pasará mal, pero Garibaldi ni su gente han hecho caso; parece que ya ha habido gresca, es verdad que *La Iberia* dice que si hubo combate en Gigeni fué por casualidad, de donde debe deducirse lógicamente que fué nulo *vel quasi*.

Pero no es esto lo gracioso del caso, sino que el emperador de Turquía se ha figurado que Garibaldi va contra él y se está apresurando á disponerle un recibimiento digno. También le espera el emperador de Austria en el Adriático; aun cuando una correspondencia dice que ya no va á ninguna parte. Esto no obsta para que otra correspondencia diga que ya va de camino. Y tengan Vds. presente que todas estas noticias están escritas por testigos oculares.

Lo cierto de ello es, que Italia nos va á presentar este verano la continuación de los sucesos del 60 y que la acción del drama que se va á representar es un tanto mas confusa y embrollada que la anterior. Dichosamente nosotros ahora que maldita la cosa tenemos que hacer, vamos á servir de meros espectadores.

El emperador de Turquía, dice el telégrafo, ha escrito una carta autógrafa al emperador Napoleon, en la que le dice que los montanegrinos son unos pícaros y que no los puede sufrir. También el de Austria le ha dicho al rey de Prusia que ha hecho una majadería en reconocer el reino de Italia. Veán ustedes las ventajas de los buenos sistemas postales.

Por lo demás, poco ó nada ocurre en Europa de que debamos ocuparnos. En América, la gente acostumbrada al calor, sigue luchando una con otra que es un gusto. Los norte-americanos por lo visto han decidido que su estado normal sea la guerra y la destrucción, buena prueba de ello es la noticia de que los federales han quemado en Aldama algodones por valor de 18 millones de duros. Buen provechito.

Los mejicanos siguen haciendo sus pruebas. Ortega, despues del descalabro del cerro del Borrego, quiso volver á probar fortuna, pero fué rechazado.

Esto es en resumen lo que ocurre en el mundo histórico. Grandes acontecimientos se preparan, cuyo resultado es completamente desconocido, pero que han de variar notablemente el aspecto histórico del mundo.

SERAFÍN ALVAREZ PERAL.

Madrid 16 de agosto de 1862.

Propietario y editor responsable—D. José Morales y Rodríguez,

Imprenta de D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15.